



LECCION XV.

DE LA HUMILDAD.

Observando Jesus en una comida en que estuvo que los convidados se apoderaban de los puestos preferentes, cual si les correspondiesen de derecho, les propuso la siguiente parábola ó símil que quisiera tuvieseis presente en todas las ocasiones que se os ofreciesen de hacer ver que habeis sido educadas en la humildad.

«Cuando fueres convidado á alguna boda (son palabras del Divino amigo de los niños) no te apoderes del primer lugar, no sea que se halle entre los convidados alguna persona de mas consideracion que tú, y el que os habrá convidado venga á tí y te diga: ceded vuestro lugar á este otro; y no pases entónces por el bohorno de ser colocado en el último lugar. Antes bien ponte ya desde un principio en el último puesto á fin de que el dueño de la casa venga á decirte: amigo, subid mas arriba: y esto será para tí un honor á presencia de los convidados. Pues cualquiera que se eleva será

abatido, y cualquiera que se humilla será exaltado.»

Ved ahí esplicada en pocas palabras y por medio de un ejemplo esta virtud.

Confieso, hijas mías, que ella es de las mas difíciles de adquirir, pues nacemos naturalmente inclinadas al orgullo; pero por lo mismo que se alcanza con mas trabajo es mas bella y meritoria delante de Dios y de los hombres. No hay premio que no se adquiera á costa de fatigas, y por eso el soldado que mas arriesga su vida en los combates vuelve de ellos con mas honor y distinciones. No desmayeis pues ante la resolucion de ser humildes, y como logreis poseer esta virtud quedareis mas que premiadas de la violencia que al principio os debisteis hacer con la estima de vuestro Padre celestial y de vuestros semejantes.

No os envanezcáis porque os haya dotado Dios de hermosura ó porque haya puesto en vosotras un talento despejado y un buen corazón. ¿Vosotras mismas no tendríais por un necio al que se mostrase orgulloso porque disfruta de buena salud? Pues bien tanta necedad hay en esto como en envanecerse por las dotes morales ó físicas con que se dignó el Señor favorecernos-

Considerad que si las teneis fué porque asi le plugo á su bondad infinita y sin mérito alguno de vuestra parte, y por consiguiente humillaos delante de él y dadle gracias porque derramó en vosotras tales beneficios.

Si no quereis dejaros dominar por el orgullo no perdais jamas de vista que por muchas que sean las buenas cualidades que os adornen nunca serán tantas que no las afee alguna imperfeccion. Buscad entre las aves una mas hermosa que el pavo real: buscad otra que pueda desplegar una cola mas rica y en la cual haya derramado mas gracias la naturaleza. Me direis acaso que es tambien la mas orgullosa; que no hay ninguna que cual ella se engria cuando despliega su lujoso abanico de plumas. Todo esto es muy cierto: ¿pero cual de vosotras no ha observado con que prontitud pliega su cola y baja avergonzada la cabeza al mirar sus pies estremadamente feos?

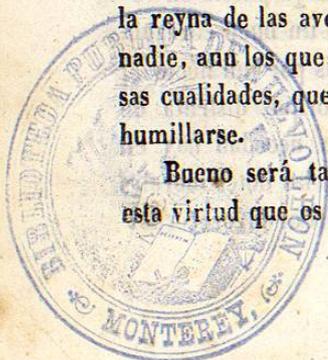
Ved ahí pues en este ejemplo de la que es la reyna de las aves por su belleza como no hay nadie, aun los que están dotados de mas hermosas cualidades, que no tenga algun motivo para humillarse.

Bueno será tambien para acostumbraros á esta virtud que os compareis con niñas de vues-

tra edad á quienes haya Dios favorecido asi mismo con sus gracias. Por bellas, por aplicadas, por obedientes é instruidas que seais, siempre hallareis á vuestro lado quienes os aventajen en hermosura, aplicacion, instruccion y obediencia, y que por consiguiente valen mas que vosotras, bien asi como cuando contemplais las estrellas descubris continuamente otras mas brillantes que la que acabais de ver. Con eso conoceréis que la que se envanece por creerse superior se verá obligada á humillarse, mal que le pese, en presencia de las que valen mas que ellas; tendrá que hacer como el pavo real, ocultarse humillada y confusa á la vista de los mismos á quienes insultaba con su soberbia.

Pocas virtudes nos recomendó como esta el divino amigo de la infancia. Por ella, á pesar de ser el rey de los reyes, quiso nacer en un pesebre; por ella, aunque se sienta en el cielo á la diestra del Padre y tiene los astros por peana, quiso ocupar el último lugar entre los hombres; por ella en fin se sugetó al mas ignominioso de los suplicios sin embargo de ser Dios.

Aprended de él, hijas mias, á ser humildes de corazon. Poneos siempre en el último lugar hasta que venga quien sea mas que vosotras y



os diga; subid mas arriba. «Humillaos y seréis ensalzadas.» De esta manera seréis bien quistas de todos y respetadas, no solo de las que son menos que vosotras, sino hasta de vuestros superiores. La niña orgullosa es semejante al enano que quisiese cubrirse con la armadura de un gigante, el cual en vez de inspirar respeto y temor á los demas solo exitaria su risa y desprecio,

Con su fuerza envanecida
Y porque sube hasta al sol
Insultaba altiva una águila
Las demas obras de Dios.
«¿Qué son, decia en su orgullo,
El bruto, el reptil, la flor?
Esclavos todos; yo sola
Reyna y poderosa soy.»
Mas mientras asi decia
La hirió en el pecho un arpon
Y de su trono de nubes
Sin vida en el lodo dió.

Con su belleza orgulloso
Un iris de almo color
Se burlaba desde el cielo
De todo y hasta del sol.
«¿Quien mas matices despliega?

Decia; ¿quién como yo?

Las flores y hermosas aves

Sombra mia no mas son.”

Mas en esto de enojado

El sol veló su esplendor

Y ni rastro entre las nubes

Del arco altivo quedó.

Aprended de estos ejemplos,

Hijas de mi corazon,

A no mostraros altivas

Por las dotes que os dió Dios.

Ved que á la que mas se humilla

Ensalza mas el Señor;

Y que cae de mas alto

Quien mas remontarse osó.

La siguiente fabulita os hará ver cuan ridículo es engreirse por creerse superior á los demas.

El niño soberbio.

Sobre un escaño elevado

De pie estaba un rapazuelo,

Y á la caterva de abajo,

Menospreciaba soberbio:

El simplecillo creia,
 Por verse alzado del suelo,
 Ser uno de aquellos hombres
 Que gigantes llama el pueblo.
 ¡Qué pequeñas me parecen
 Esas gentes, dice el necio!
 ¡Qué cuerpecillos! ¿No son
 Todos ménos yo pigmeos?
 Uno que le oyó responde:
 Pues baje V., compañero,
 Y abajo verá que es
 De todos el mas pequeño.

El que á los otros desprecia
 Por verse en mas alto puesto,
 De esta humilde fabulita
 Que se mire en el espejo.

A.



LECCION XVI.

DE LA SENSIBILIDAD.

Ved ahí una cualidad, hijas mías, que parece haber sido concedida á la muger para elevarse por ella sobre las demas criaturas y hacerse estimar de todas.

Cual si hubiesemos sido principalmente criadas para compartir y aligerar las desgracias ajenas, nos sentimos naturalmente inclinadas á entristecernos con los afligidos, á llorar con los que lloran y á tomar parte en los sufrimientos de los que padecen.

Procurad abrir vuestro corazón á esta dulce virtud, y que no la emboten en vosotras ni los años, ni la ingratitud con que los demas os correspondiesen.

Como desgraciadamente se abusa de todo lo bueno, y por otra parte la sensibilidad cautiva tanto los corazones de los demas al paso que embellece el del que está dotado de ella, encontrareis muchas niñas que, para hacerse mas interesantes, hacen alarde de tener un corazón en extremo sensible, siendo así que nada les conmueve ni entenece.

Esa sensibilidad de moda, esa sensibilidad fingida en vez de ser una gracia en la que hace ostentacion de ella, es un defecto que la afea tanto como la hipocresia, una mentira que la pone en ridículo delante de las personas verdaderamente sensibles.

En vuestros pocos años habreis tenido ocasion de conocer ú oido hablar de niñas que se

enternecen y lloran al leer una página de la mas insulsa novela, cuando se refiere en su presencia alguna desgracia ó cuando ven morir al insecto mas despreciable, al propio tiempo que miran sin conmovirse á un huérfano desvalido, y que despiden, tal vez sin mirarle, al hambriento mendigo que no tiene donde reclinar su cabeza ó al viejo lleno de dias y sin abrigo para librarse del frio.

No creais, queridas hijas mias, en esta sensibilidad: ella nace mas bien del deseo de agradar ó del orgullo que del corazon, y es un insulto á la sensibilidad verdadera que es ménos vana y mas generosa.

No creais tampoco que les falten razones para escusar tan reprehensible y hasta ridículo comportamiento. Las oireis decir que la vista de un pobre las afecta demasiado y que por esto se retraen á su pesar de socorrerlo: os dirán tambien que estos no siempre se muestran agradecidos á los beneficios que reciben, por cuyo motivo no hallan gusto en hacerselos; mas estas escusas son un doble insulto á la sensibilidad y á la beneficencia que el Eterno Padre de los necesitados castigará temprano ó tarde.

La niña que posee un buen corazon no solo

se sentirá inclinada á la beneficencia, sino que experimentará un placer en practicarla: ella no hará aspavientos, como otras muchachas necias, delante de la mariposa que fue á morir en la llama, pero llorará al ver el llanto en las megillas del que padece: ella no solo no se apartará de la cabecera de la cama de la amiga enferma por temor de desmayarse, sino que prodigará consuelos hasta á su misma enemiga: ella no dejará morir á sus pies de hambre á una huerfanita para ir á salvar á la avecilla que sé enredó en las malezas, sino que acudirá primero al niño aunque tenga que dejar morir al pajarito; ella en fin sentirá abrirse su corazon á todas las penas, y las lágrimas y los dolores de los demas se convertirán en su corazon en gotas de bálsamo, de la misma manera que la humedad, el calor y la tierra se convierten en olor en las flores, ó como purificado por el sol hasta el lodo se convierte en rocío.

Existe una flor llamada sensitiva de la cual he oido contar que cuando algun insecto ó una abeja va á buscar un poco de alimento en su caliz, cierra al momento sus pétalos, aprieta entre ellos al desgraciado animalito y no los abre hasta haberle estrujado. He aqui la imágen de

las que, afectando una sensibilidad extremada, cierran su corazón á las desgracias de sus semejantes. Guardaos de pareceros á ellas.

Un corazón verdaderamente sensible no puede ménos de ser benéfico, y como la beneficencia ó caridad es, según espresion del mismo Jesucristo, el complemento de todas las virtudes, de ahí se sigue que facilmente las poseerá todas quien esté dotado de aquella dulce cualidad. Ella además nos eleva y ennoblece, nos inspira ideas y sentimientos sublimes, y facilita el estudio de las nobles artes y de las bellas letras, de cuya importancia os he hablado en otra lección anterior, y por lo tanto debeis esmeraros mas y mas en poseerla sin afectacion y en ejercitarla desde niñas sin miras de orgullo.

El siguiente cuentecito, hijas mías, os servirá de lección práctica para que retengais mas facilmente en la memoria y conozcais mejor como deben entenderse los útiles consejos que os acabo de dar.

Eran dos niñas bellas
Y sensibles quanto hermosas
Llamada Adela la una
Y Madroncita la otra.

Facilmente enterneciase
Adela por cualquier cosa,
Y le daba el ver sufrir
A una avecilla congoja;
Mas cuando algun pobrecito
Le pedia una limosna,
Vuelto el rostro le enviaba
Sin darle nada en buena hora.

Muy al contrario de Adela
Comportabase Madrona,
Pues siendo muy mas sensible,
Si alguien su piedad implora,
Por mas que á lástima mueva,
Siempre su suerte mejora,
Y mas bien lágrimas vierte
Por el huérfano que llora,
Que por ver que incauta muere
Quemada una mariposa.

Salieron ambas hermanas
A jugar un día solas
Sin el aya que en sus juegos
Las guardase cuidadosa.
Alejóse sin notarlo
Un buen espacio Madrona

Y de un bosque se perdió
 Entre las calles umbrosas.
 Adela que iba en su busca
 Con indecible congoja,
 Apoyando su pie en falso
 Fué á caer dentro de una hoya.
 Habia alli muchas flores
 Y mil ricas mariposas
 En busca de dulce miel
 Retozaban de una en otra:
 En vano imploraba Adela
 Socorro con voz llorosa,
 Pues seguian retozando
 Las ingratas mariposas.

Acertó á pasar acaso
 Por muy cerca de la fosa
 Una pobre que tornaba
 A su solitaria choza.
 Oyó las voces que daba
 Adelita, y afanosa
 Fué al lugar donde sonaban
 Por si su presencia importa;
 Mas al ver que quien las daba
 Era la que pocas horas
 Antes, sin mirar su rostro,

La despidió sin limosna,
 Le dijo: «La sacaria
 De este peligro gustosa,
 Mas temo que se desmaye
 Al ver mis llagas, señora.”
 Y dejandola que grite
 Camino fué de su choza.

Apenas dió algunos pasos
 Encontróse con Madrona
 Que por volver á su casa
 Se fatiga y desazona.
 Reconocióla la pobre,
 Pues hace muy pocas horas
 Que al implorar su piedad
 Le dió su almuerzo en limosna.
 Se le acercó agradecida
 Y conducirla ofrecióla
 A su madre á quien su ausencia
 Tenia en mortal congoja;
 Al paso fueron do estaba
 La hermanita de Madrona
 Y por gratitud á esta,
 Con riesgo de su persona,
 La pobre, que era muy vieja,
 La sacó tambien de la hoya.

pueda contribuir á que sean el orgullo de sus padres, y la gloria y la prosperidad de sus familias.

Hay muchas niñas, y no quisiera que fueseis de este número, que se creen aseadas porque á la hora de recibir visitas ó cuando salen á la calle se presentan limpias y bien compuestas, por mas que fuera de estos casos vayan por casa desaliñadas, sin peinar y hasta sin haberse lavado á veces. Esas tales mas bien que á los demas se engañan á sí mismas, pues el desaliño y el desorden se convierte en ellas en costumbre, y tarde ó temprano descubrirán este feo defecto á aquellos á quienes quisieran ocultarselo con mas esmero.

El poco aseo y amor al orden arguye en las niñas ó poco aprecio de sí mismas ú holgazanería, y ¡ay de aquellas en quienes pasen á ser un hábito estos dos vicios!

No creais que os sirva de excusa para no componeros desde luego que os levanteis el decir que teneis que entregaros á los quehaceres domésticos, pues aun prescindiendo de que las ocupaciones de vuestro sexo, como son principalmente el planchar, coser, hacer calceta, bordar y repasar la ropa de la colada, no cohan á perder los vestidos, ¿qué cuesta ponerse un

malo cuando tengais que dirigir ó ayudar por vosotras mismas á limpiar la casa, y quitarselo, y lavarse y vestirse de nuevo luego despues de quedar todo limpio y arreglado?

Si el aseo y el amor al orden sientan tan bien á las niñas de padres ricos, ¿cuanto mas no brillarán en las de condicion humilde? Nunca debeis olvidar, tanto si la fortuna os ha colmado de sus dones, como si soys pobres, que vuestros padres no pueden ni deben compraros nuevos trages y adornos todos los dias, que tienen obligaciones mas perentorias á que acudir y de cuyo exacto cumplimiento depende á veces su reputacion y su crédito, y que la niña que por dejadez ó por ser desaliñada les obliga con frecuencia á nuevos gastos, al paso que mina sordamente su poca ó mucha fortuna, se atrae su aborrecimiento y hasta el desprecio de los extraños á quienes creyó deslumbrar con la riqueza de sus trages y por el modo de presentarse en el mundo.

No cabe duda, hijas mias, en que todos los extremos son viciosos y deben por lo mismo evitarse; ello no obstante si debieseis pecar por extremadamente descuidadas ó por nimias y extremadas en el aseo, preferiria que fueseis lo últi-

mo, pues los males que de esto nacen son nada en comparacion de los muchos y perniciosos efectos de la dejadez y del desaliño.

El aseo y el amor al orden son un principio de economia, y es ya sabido que esta, si bien es viciosa cuando se lleva hasta el punto de rayar en avaricia, es una fuente inagotable de prosperidades cuando se mantiene en sus justos límites.

Permitidme que insista en recomendaros la necesidad de que os acostumbreis desde niñas al orden y al aseo, cuya utilidad conoceréis mas y mas á medida que se ensanche el círculo de vuestras ideas y de vuestros deberes: trabajad para hacer de ellos un hábito, pues en lograndolo no tan solo os será fácil ser aseadas y hacendosas vosotras, sino que hareis que lo sean vuestros criados, si los tuviereis, y vuestra familia, si Dios os destina á tenerla y gobernarla algun dia.

«Corona de su marido, dice el Señor, es la muger hacendosa, asi como es carcoma de sus huesos la de malas costumbres.»

«La gracia de la muger hacendosa alegra al marido, y le llena de jugo los huesos.»

«La buena crianza de ella es un don de Dios.»

«La muger fuerte es el consuelo de su marido, y le hace vivir en paz los años de su vida.»

«La muger prudente edifica su casa: la necia aun la ya edificada destruirá con sus manos.»



LECCION XVIII.

DE LA URBANIDAD.

Si hay en las relaciones de la sociedad una cualidad preciosa por las ventajas que proporciona es sin disputa la cortesía. Ella aumenta el valor de las demas perfecciones, y en vano se presentaria al mundo una niña adornada de todas las dotes de la belleza moral y fisica que imaginarse puedan, y esperaria en vano brillar por ellas, si la falta de buenos modales ó de urbanidad previniese á los demas en contra suya.

La cortesía es como un lazo de flores que une y hermana en cierta manera á todas las personas desde los grandes hasta los pequeños, y que hace agradable al rico el trato del pobre y al pobre la limosna del rico. Ella suaviza el mandato, disimula la pena y aumenta el precio del favor.

evita una negativa al paso que provoca un servicio, y la mirada, la voz, las palabras, el aire y el gesto adquieren por ella una gracia particular.

La urbanidad supone siempre una educacion esmerada, un corazon benévolo y hasta un talento despejado en el que la practica con naturalidad y sin esta afectacion ridícula que, mas bien que agrada, empalaga y fatiga, y he aqui porque es tan fácil ganarse por medio de ella el aprecio de los demas. «Por lo comun, dice un sabio, se compra la humana benevolencia mas bien con la cortesía del trato que con el dinero.» Poned un hombre millonario mas sin modales, al lado de otro de condicion humilde pero cortés; sucederá por ventura que los fatuos y los que se estiman en ménos que el oro rodeen al primero y le colmen de lisonjas y mentidos obsequios; pero el segundo brillará en toda reunion de personas sensatas, como brilla mas un diamante pulido de menos precio que otro de mas valor pero sin pulimentar.

La urbanidad es un primor en los graudes un adorno en los ricos y una maravilla en el comun de las gentes; ella sirve frecuentemente como de carta de recomendacion, siendo tanto

su valor que nos procura á veces mas honores de los que merecemos. Si tanto realce da pues á toda clase de personas, cuanta estima, cuanto precio no añadirá á una niña!

La urbanidad es para vosotras como un espejo en que se retratan el corazon y el alma con todas sus bellezas é imperfecciones. Decir de una niña que es descortés, que es áspera ó rústica en sus modales, es como si dijese que es mal educada, orgullosa, necia, parlanchina, desaseada y que tiene poca estima de si misma. En vano ostentará, si la tiene, una belleza mas que comun; sus bienes de fortuna y su hermosura no harán sino aumentar el ridículo que le atraerá su descortesía, de la misma manera que un vestido blanco en una negra de Angola sirve unicamente para hacer que resalte mas la fealdad de sus facciones, y en último resultado dirán de ella lo que de la mona de la fábula:

Aunque la mona se vista de seda

Mona se queda.

En ninguna ocasion se prueba mejor la cortesía como cuando se emplea con personas de una misma edad y con los pobres y criados, pues en estos casos es indicio de un corazon benévolo y de nobles sentimientos, y ménos de presumir que

sea efectada. La niña que pudiendo mandar suplica, la que cuando habla á un pobre no mira en él los andrajos que lo cubren, sino el infeliz á quien la desgracia ha reducido á aquel estado, y le trata con dulzura, esa niña convierte la urbanidad en una virtud tan agradable á Dios como provechosa á las criaturas; enlaza la cortesía, que es hija de los hombres, con la caridad que es hija del cielo.

Que la urbanidad no sea en vosotras efectada y fria, como por desgracia lo es en muchas personas, las cuales yelan por su aspecto á pesar de lo fino de sus modales; sino al contrario atractiva, alagüena, dulce y sobre todo siempre igual y amable. Las que saludan constantemente con las mismas frases, con reverencias profundas, pero frias, con una sonrisa, por decirlo así mecánica y con fórmulas comunes, pasan á los ojos de los que las observan por autómatas sin alma, ó por cotorras que no saben repetir sino las palabras que les han enseñado. Raras veces dejareis de encontrar tras de aquellos modales la indiferencia ó el orgullo.

«Sé afable con todos los que trates, escribía un padre á un hijo: adquiriendo maneras benévolas te dispondrás á amar de veras. El que to-

ma un aire brusco y altivo está naturalmente dispuesto á sentimientos innobles, de suerte que la grosería produce dos grandes males, el de pervertir el corazón del que la usa, y el de incomodar ó alligir al prójimo.»

Esforzaos en ser amables no solo en los modales, sino tambien en los pensamientos, en los deseos y en todas vuestras afecciones.

La sabiduría de Dios que nos dió consejos llenos de prudencia y dulces como la miel para todos los estados de la vida, nos recomienda la amabilidad en el trato, entre otras muchas, con estas sentencias.

«La palabra dulce multiplica los amigos y aplaca á los enemigos.»

«El hombre amable en el trato será mas estimado que un hermano.»

«La respuesta suave quebranta la ira; las palabras duras excitan el furor.»

No ha sido mi ánimo en esta lección daros un tratado de urbanidad con todas las reglas que esta prescribe, y si solo haceros ver la necesidad de usarla. Para saber como debeis conducir os en la sociedad y fuera de ella á fin de ser tenidas por bien educadas, os aconsejo y encargo muy de veras que aprendais de memoria los tratadi-

tos de buena erianza que os darán á leer vuestras preceptoras, y sobre todo que observeis lo que hacen en ciertos casos dados vuestra madre y las personas de conocido talento que os propongaís por modeló. En esa escuela práctica es donde mejor aprendereis lo que la urbanidad prescribe.

No permita Dios que se diga nunca de vosotras que ni conoceis sus reglas ni sabeis practicarlas! No permita Dios que caiga nunca sobre mis hijas el ridículo que lanza el mundo sobre las personas sin modales!



LECCION XIX.

DE LA PEREZA.

Hasta aqui os he hablado, hijas mias, de las dotes que embellecen á la muger, que la hacen buena y amable á Dios y á los hombres; voy ahora á poner delante de vosotras los defectos que mas la afean y la vuelven al ojerico al Señor y á sus semejantes. Alli estan las virtudes que debéis seguir; en las lecciones siguientes los vicios que debéis evitar: en pos de aquellas se

encuentran el amor y la dicha; tras de estos últimos el desprecio y la desgracia. Libres soys de escoger entre unas y otros; mas ¿cuál habrá tan necia que elija el cardo antes que los bellos tulipanes, que deje la luz por las tinieblas, que posponga el cariño al aborrecimiento?

El primer vicio de que quiero hablaros es la pereza, por ser uno de aquellos en que mas frecuentemente se incurre á vuestra edad, y como el origen ó causa de los demas. Él es acaso el que se presenta mas rodeado de atractivos que halagan á primera vista; pero pay del que se deja seducir por ellos! Él es cual esos frutos que, segun es fama, dan los árboles que crecen en las cercanias del mar muerto, los cuales son muy bellos por fuera y no tienen por dentro mas que cenizas, ó como las sirenas de que nos habla la fábula, las cuales adormercian con sus cantos á los navegantes para hacerles morir despues.

A vuestra edad en que no podeis adivinar todavia los resultados buenos ó malos de las cosas que os parecen mas insignificantes, se mira la ociosidad como un defecto no muy grave ó de consecuencias poco funestas. Guardaos de creerlo así vosotras. Por lo mismo que os parece menos feo debéis temerle y evitarlo mas.